



UN SOLDADO DE LA CONQUISTA DE CHILE



I

RELACION DE MÉRITOS DE PEDRO CORTES MONROI

1555-1571

«Soy un soldado extremeño. Nací en la villa de la Zarza de Alanje, donde contrajeron matrimonio mis padres, en el año de 1533 (1).

«Mi padre era natural de Salamanca, pertenecía a la clase de los pecheros (2), i se llamaba Juan Regas de Monroi. Mi ma-

(1) Esta fecha guarda consonancia con la edad que el padre Rosales asegura tenía Cortes Monroi en 1667.—*Historia jeneral del reino de Chile*. Tomo 2.º, página 471.

(2) En un informe dado al rei por el Consejo de las Órdenes sobre una solicitud de Juan Cortes Monroi, hijo segundo de Pedro Cortes Monroi, se espresa que, para dar a aquél el hábito de Santiago, debe primero obtenerse indulto papal, por cuanto el abuelo del solicitante habia sido pechero.—*Biblioteca Hispano-Chilena*, por José Toribio Medina. Tomo I, pág. 204.

dre, María Cortes, había nacido en Medellín, patria del conquistador de Méjico.

«Acababa yo de cumplir veintidos años cuando tuye noticia de que se preparaba una gran espedicion al Perú. Deseoso de ganar gloria i fortuna me alisté en ella, i bajo las órdenes del marques de Cañete don Andres Hurtado de Mendoza, quien había sido nombrado virrei de aquel pais, partí de Sanlúcar de Barrameda en el mes de octubre de 1555.

«Recibido el marques del gobierno del virreinato, supo que el reino de Chile se hallaba sin cabeza que lo mandara. Dos caudillos se disputaban la preeminencia: Francisco de Villagran i Francisco de Aguirre. Desgraciadamente, el primero de ellos había sufrido una gran derrota en Marigüeñu.

«El virrei creyó entónces que la manera mas eficaz de poner fin a las desgracias de Chile era enviar a su propio hijo, don García Hurtado de Mendoza, mozo que aún no contaba veintidos años de edad; i en efecto, a mediados de 1556, le estendió los despachos de gobernador i capitan jeneral.

Gobierno de Hur- «Formóse en Lima un lucido i numeroso
tado de Mendoza. ejército, pues se juntaron trescientos jinetes,
1557-1561. ciento cincuenta soldados de infantería, mas de quinientos caballos i abundante provision de armas, municiones i pertrechos. Me apresuré a alistarme entre los infantes de este nuevo ejército, i desde entónces he servido sin sueldo, como soldado, durante mas de catorce años (3).

«Los jinetes partieron por los caminos de tierra. Los infantes nos embarcamos en tres naves, las cuales zarparon del puerto del Callac a 2 de febrero de 1557. Con nosotros iba el gobernador Hurtado de Mendoza.

«Despues de cerca de tres meses de navegacion llegamos a puerto de Coquimbo, donde permanecemos dos meses completos. En este tiempo, nuestro jefe se ocupó en hacerse reconocer como gobernador del reino, i, despues de apresar a Villagran i a Aguirre, a quienes envió al Perú, en prepararse para la campaña contra los araucanos.

«Don García estaba anhelante por encontrarse con estos fe-

(3) Esta relacion solo llega al año de 1571.

roces enemigos, i, aunque no le habian faltado consejeros que trataron de disuadirlo de realizar su viaje en el invierno, dió orden de levar anclas con rumbo directo a Concepcion, con fecha 21 de junio.

«La travesía fué mui penosa. Una tremenda tempestad estuvo a punto de hacernos zozobrar; pero, merced a la habilidad de los pilotos, llegamos a tierra sanos i salvos. Desembarcamos en la isla de la Quiriquina i permanecimos en ella por algun tiempo alojados en casas de paja.

«Al empezar la primavera, el gobernador nos ordenó que pasáramos al continente i construyéramos un fuerte. Con mis propias manos trabajé hasta que la obra quedó terminada.

«Un dia, a la hora del alba, los indios asaltaron el fuerte, i tuvimos que luchar con ellos desplegando gran enerjia para poder rechazarlos. No habíamos perdido un solo hombre, pero muchos de los nuestros se hallaban heridos.

«En estas circunstancias llegaron las tropas que venian por tierra desde Santiago, i don García pudo contar mas de quinientos soldados. Era sin duda el ejército mas fuerte que hasta entónces hubiera combatido contra los araucanos.

«A fines del mes de octubre, todo el campo se puso en movimiento i atravesó el Biobío cerca de su embocadura. En el sitio que llaman de las Lagunillas, a legua i media del rio, esperaban los indios en son de combate. Este fué reñido; pero, despues de mucho pelear, conseguimos la victoria.

«En seguida nos internamos en los territorios de Arauco i Tucapel, sin alejarnos de la costa. Yo me hallé en numerosas correrías i reencuentros, con grave peligro de la vida, i padecí muchos dias de hambre, porque no teníamos otros bastimentos que lo que se rancheaba.

«En el valle de Millaraque se habian juntado mas de seis mil guerreros araucanos, que nos atacaron con gran ímpetu. Nos costó trabajo el vencerles, pues desde la época de Lautaro no combatian todos al mismo tiempo, sino por mangas sucesivas. Conseguimos, sin embargo, matar mas de seiscientos i apresar mas de quinientos. Era la tercera gran guasavara en que me encontraba.

«Llegamos a Tucapel, i tuvimos nuevos reencuentros con los

indios. Don García mandó construir allí un fuerte, en el mismo sitio donde se levantaba el antiguo, cuyo foso pudo aprovecharse. Los indios empezaron entónces a ir de paz, persuadidos de que nuestras correrías no les dejaban hora segura.

«El gobernador juzgó que había llegado el momento de reedificar la ciudad de Concepcion, destruida por los araucanos, i con este objeto mandó ciento cincuenta hombres bajo las órdenes del capitán Jerónimo de Villegas. Entre ellos fui yo, i ayudé a la reconstrucción de la ciudad, la cual estuvo nuevamente en pié a principios del año de 1558.

«Los indios de los alrededores no miraron con buenos ojos esta obra de reparacion, i hubimos de combatirlos continuamente, hasta que ofrecieron la paz. Con motivo de estas correrías, arriesgué muchas veces la vida i tuve que pasar trasnochadas i miserias.

«En estas circunstancias, don García ordenó al capitán Alonso Campofrío de Carvajal que se dirijiera con catorce soldados a conquistar la isla de Santa María, que se halla a la entrada de la bahía de Arauco. Fui de los designados para esta expedición. Subimos en dos pequeños barcos, i al cuarto del alba arribamos a la isla. Los indios nos sintieron i en tropel acudieron a la playa, prontos para la defensa. Desembarqué el primero de todos, i con el agua hasta el pecho logré detener a los indios hasta que bajaron mis compañeros.

«Aunque en la isla podían contarse hasta quinientos indios, i éstos pelearon con valor, logramos desbaratarles por completo. Una vez establecida la paz, tomamos prisioneros a los caciques i volvimos a la ciudad de Concepcion, donde encontramos a don García de vuelta de su campaña al sur, entrado ya el año de 1559.

Gobierno interino de Rodrigo de Quiroga. 1561. «A principios de 1561 se retiró don García del gobierno de Chile, i dejó en el reino como gobernador interino a Rodrigo de Quiroga. Me hallaba en el fuerte de Arauco cuando en el mes de febrero recibimos una carta del capitán Lope Ruiz de Gamboa, quien nos avisaba que los indios de Puren se habían vuelto a rebelar i habían dado muerte al gobernador de la plaza de Cañete don Pedro de Avendaño i Velasco i a otros soldados españoles. En el acto, al saber tan

infausta nueva, convidé a cuatro compañeros, i de nuestra propia autoridad volamos a socorrer a la ciudad nombrada. De este modo la libertamos de una pérdida segura.

Gobierno de Fran- «Permanecí en Cañete cerca de dos años, cisco de Villagran. haciendo constantemente guerra a los natu- 1561-1563. rales, i padeciendo hambres i trasnochadas. En el mes de noviembre llegó a la plaza el nuevo gobernador nombrado por la corona, Francisco de Villagran, quien llevaba como maestre de campo jeneral al licenciado Julian Gutiérrez de Altamirano.

«Durante mucho tiempo, los indios de los alrededores de Cañete continuaron alzados. A las órdenes del licenciado Altamirano, combatí en las dos batallas que nos dieron en las quebradas de Lincoya, i en ámbas derrotamos a nuestros enemigos de una manera completa.

«Acompañé tambien al maestre de campo en la toma del fuerte de Rucapillan, i en la espedicion que hizo para defender el fuerte de Arauco, que supo amenazado. En Arauco solo se hallaban siete u ocho españoles bajo el mando del capitan Gómez de Lagos.

«El maestre de campo llevaba treinta i siete soldados. Encontramos dos escuadrones enemigos, uno en pos del otro, que iban cargados con los despojos de los indios de paz. Los combatimos i derrotamos. En seguida, a la entrada del valle de Millaraque, un tercero i último escuadron nos presentó sería resistencia, pero logramos desbaratarlo con muerte de casi todos sus hombres. Este combate fué decisivo, i puede asegurarse que con él libertamos a la casa fuerte de Arauco.

«En nuestras correrías, uno de los principales objetos que llevábamos en vista era recojer comida para poder sustentar a los habitantes de la ciudad de Cañete, pues no habian tenido oportunidad de hacer siembras. Con igual fin, el maestre de campo nos envió a varios soldados con el capitan Pedro Fernández de Córdoba al lebo de Angolmo, prometiéndonos que en breve él se juntaria a nosotros.

«En cumplimiento de esta comision, nos establecimos en el lebo de Paicavi, próximos al fuerte araucano de Rucapillan. Este fuerte se hallaba situado en una altura, i estaba separado de nuestro campamento por una gran quebrada. Una mañana

se presentaron a nosotros veinte indios acompañados de su cacique, diciéndonos que querían servirnos i asegurándonos que sus propósitos eran de paz. Aceptamos sus ofertas, aunque teníamos motivos para recelar de una amistad tan repentina.

«A puestas del sol, aparecieron en la quebrada otros cuatro indios que empezaron a llamar a sus compañeros con grandes voces, diciéndoles que era ya de noche, i que al día siguiente podrían volver a trabajar.

«Nuestras sospechas aumentaron entónces, i nos pusimos a interrogar a los falsos amigos que habian ido a ofrecernos sus servicios. Estos nos confesaron que en el fuerte había una gran junta de guerra; que ellos habian sido enviados como exploradores para saber a punto fijo la jente con que contábamos, i para engañarnos con promesas de amistad; i, por fin, que los cuatro nuevos emisarios eran los capitanes de la junta.

«En tan duro trance, oí al capitán Fernández de Córdoba que exasperado exclamaba: «¡Diera mi brazo derecho por haber aquellos cuatro capitanes a las manos!», considerando imposible poderlos haber.

«Sin decir una palabra ni meter ruido, llamé a un soldado amigo mio, en cuyo ánimo i prontitud tenía plena confianza, i le pedí me acompañara. Seguidos por cuatro yanaconas, subimos ocultamente por la quebrada, hasta colocarnos entre el fuerte i los cuatro indios, de tal modo que éstos no pudieron vernos. Una vez en esta situacion, les acometimos i les tomamos prisioneros.

«A tiro de arcabuz de la junta que había en el fuerte, era muy peligroso que nuestros cautivos gritaran i fueran oídos. Les amenazamos con matarlos si no guardaban silencio, i así callados los condujimos por la quebrada hasta ponerlos en manos de nuestro capitán. Confesaron su traicion, i les hicimos justicia tanto a ellos como a los demas indios que habian pretendido engañarnos. La junta de guerra se disolvió inmediatamente por falta de cabezas.

«Después de esta aventura supimos que el gobernador Villagran había llegado a la casa de Arauco, i, aunque enfermo i abatido, dispuesto a dar impulso a la guerra.

«Merced a nuestras correrías, el territorio de Tucapel se

hallaba casi todo de paz; pero, en cambio, se estaba formando una gran junta de guerra en el lebo de Mareguano. Indios provenientes de todo el territorio se reunían en el fuerte de Catirai.

«El gobernador mandó llamar al maestro de campo Altamirano, con orden de que llevase veinte soldados escogidos. Entre éstos, fui yo uno de los designados. En el fuerte de Arauco se nos reunieron sesenta i cinco españoles. Con esta fuerza nos dirijimos a atacar a los indios de Catirai, cuyo número llegaba a cinco mil hombres.

«La batalla duró largo tiempo i por desgracia fuimos derrotados. Era el primer gran desastre que yo presenciaba desde que habia llegado a Chile. Murieron cuarenta i cinco de nuestros compañeros, i entre ellos Pedro de Villagran, hijo del gobernador. Yo mismo salí muy mal herido i hube de retirarme a la ciudad de Angol.

«Estaba en ella curándome de mis heridas cuando una gran cantidad de indios, ensoberbecidos con la victoria que habian alcanzado hacia ocho días, se precipitaron sobre la ciudad. La defendía el capitán don Miguel de Avendaño i Velasco, el cual desempeñaba las funciones de teniente de gobernador, acompañado solo de treinta i cinco españoles.

«El capitán mencionado no vaciló un minuto. Llamó a veinte i seis soldados, les ordenó que tomaran armas i cargó sobre el enemigo. Yo andaba con muletas a causa de las heridas; pero éste no fué inconveniente. Me subieron sobre un caballo i combatí entre los primeros.

«Alcanzamos un triunfo completo, por milagro divino, sin duda alguna, pues los enemigos eran muchos i soberbios, i nosotros pocos i enfermos.

«Al cabo de cierto tiempo, los indios volvieron a juntarse en un lebo que distaba tres leguas de la ciudad. El capitán Avendaño se apresuró a salir a su encuentro con treinta i cinco soldados i cincuenta indios amigos. Peleamos un día entero, pero fué nuestra la victoria. Se calcula en quinientos el número de indios que murieron en esta guasavara.

«Permanecí en Angol por mas de un año, i durante él tuvimos numerosos reencuentros con los enemigos.

Gobierno interino de Pedro de Villagran. 1563-1565. "En el mes de junio de 1563 murió en Concepción el gobernador Francisco de Villagran, i dejó el mando del reino a su primo Pedro de igual apellido.

"Durante este gobierno, el capitán Lorenzo Bernal de Mercado recibió orden de evacuar la plaza de Arauco, que ya no era posible defender, i de replegarse con todos sus soldados a la ciudad de Angol.

"A fines del mes de marzo de 1564, tuvo conocimiento Bernal de Mercado de que los indios de guerra habían construido un fuerte en el río de Michilemo, cerca de la ciudad de Angol, i de que en él había más de dos mil hombres. Inmediatamente formó su ejército, el cual quedó compuesto de cincuenta soldados españoles i cuatrocientos indios amigos. No dejó en la ciudad soldado alguno que pudiera defenderla.

"La batalla duró desde por la mañana hasta más del mediodía, con el mejor éxito posible para nosotros, pues derrotamos al enemigo i dimos muerte a más de seiscientos indios.

"En esta época, me hallé también en varias correrías i trasnochadas bajo las órdenes del mismo Bernal de Mercado. Pero no pude continuar en la guerra, porque carecía de caballos i de ropa de vestir, i sobre todo tenía el cuerpo muy maltratado. Resolví entonces ir a las ciudades de arriba para tomar algún reposo i satisfacer mis necesidades.

Gobierno interino de Rodrigo de Quiroga, 1565-1567. "Allí supe que el gobierno había pasado a manos de Rodrigo de Quiroga, i me alisté entre los soldados de Martín Ruiz de Gamboa, el cual con el carácter de teniente jeneral, había partido por mar a Valdivia, con el objeto de reunir tropas, i volver a juntarse por tierra con el gobernador Quiroga en la ribera sur del Bío-Bío.

"Encontramos al gobernador en el río de Vergara, i nuestro ejército llegó a contar cerca de quinientos soldados españoles.

"Después de derrotar al enemigo en la sierra de Talcamávida, empezó a reconstruir, por orden de Quiroga, la ciudad de Cañete, i con mis propias manos trabajé en levantar el fuerte, en unión de los demás capitanes i soldados. El sitio elegido no fué aquel antiguo donde construyó don García Hurtado de Mendoza la ciudad del mismo nombre; sino uno nuevo, cerca del mar i sobre la embocadura del río Lebu.

«En seguida el gobernador mandó al maestre de campo Lorenzo Bernal de Mercado para que, al mando de cien hombres, entre los cuales me contaba yo, fuese a pacificar el territorio de Arauco. Esta campaña fué muy ruda, pues necesitamos emprender numerosas correrías, i padecimos hambres i trasnochadas.

«De Arauco pasamos a Mareguano, atravesando la cordillera de Talcamávida, e hicimos la guerra durante todo el invierno de 1566, uno de los mas tempestuosos que se recuerdan. En esta comarca supo el maestre de campo que habia estallado una gran sublevacion de indios en Tucapel, i resolvió inmediatamente volver a reunirse en Cañete con el gobernador.

«La empresa era difícil, pues los caminos se hallaban muy ásperos con las lluvias, i era además probable que los indios estuvieran emboscados para caer de improviso sobre nosotros. Así sucedía en efecto, como tuvimos mas tarde ocasion de comprobarlo; pero felizmente pudimos escapar de estos peligros i llegar sanos i salvos al lado del gobernador.

«El maestre de campo habia juntado a todos los capitanes i soldados de su ejército, para pedirles consejo, i todos ellos me habian designado a mí, como a persona de esperiencia, para que les guiase en el camino. Acepté tan honroso encargo, i en medio de una terrible tempestad, empezamos de noche nuestra marcha. Apartándonos de los caminos peligrosos, i tomando aquellos que se hallaban mas léjos de los indios, llegamos, como he dicho, al término de la jornada.

«El gobernador Quiroga partió entónces de Cañete, en compañía de Bernal de Mercado, a la cabeza de ciento cincuenta españoles.

«En el territorio de Tucapel tuvimos numerosos reencuentros con los indios i siempre resultamos victoriosos.

«Acabábamos de alcanzar un gran triunfo en el fuerte araucano de Rucapillan cuando el gobernador supo que la ciudad de Cañete, que habia quedado con escasa guarnicion, estaba sitiada por el enemigo. En el acto marchamos en su socorro i la libramos de todo peligro.

«En seguida, se dirigió Rodrigo de Quiroga a someter a los indios de Arauco, i, una vez que ofrecieron la paz, mandó reconstruir el fuerte del mismo nombre.

Gobierno de la real audiencia. 1567-1568. «En este punto terminó el gobierno de Quiroga. Fué reemplazado en el mando por la real audiencia que se estableció en la ciudad de Concepcion a mediados del año de 1567. Entretanto, yo quedé de guarnicion en el fuerte de Arauco, pues durante muchos años estuve constantemente en campaña, en invierno i en verano.

«Los señores oidores nombraron maestre de campo jeneral a Martin Ruiz de Gamboa, i le ordenaron fuese a destruir un fuerte que habian levantado los indios en Lincoya, a dos leguas de la ciudad de Cañete. El nuevo jeneral alcanzó a reunir ciento quince soldados españoles, con treinta i cinco que salimos del fuerte de Arauco a las órdenes de Bernal de Mercado. La victoria fué nuestra, aunque los enemigos ocupaban formidables posiciones. Produjo gran desórden entre los indios el empleo que hicimos de alcancías, que eran unas ollas de barro llenas de alquitran i de otras materias inflamadas.

«Yo salí mal herido de este combate, i me volví al fuerte de Arauco con el maestre de campo Bernal de Mercado.

«Los señores oidores no quedaron satisfechos con la conducta de Ruiz de Gamboa, i a los ocho días, mas o ménos, elijieron por jeneral a don Miguel de Avendaño i Velasco. Bajo su mando, continué combatiendo a los indios en los territorios de Tucapel, Mareguano i Arauco, hasta que llegó por gobernador del reino el señor doctor Bravo de Saravia.

Gobierno de Bravo de Saravia. 1568-(1). «El nuevo gobernador confirmó en su cargo de maestre de campo jeneral a Avendaño i Velasco, i en compañía suya hizo la guerra a los indios en Mareguano por espacio de dos meses. Entónces tuvo noticia de que los enemigos se habian reunido en gran número en el fuerte de Catirai, en el mismo punto donde años atras habia sido derrotado el hijo de Francisco de Villagran.

«Descando atacarlos en sus posiciones, Bravo de Saravia convocó un consejo de guerra, al cual asistieron los jenerales Velasco i Ruiz de Gamboa. Tuve la honra de ser llamado a este consejo para dar mi opinion. Manifesté que, a mi juicio, no debia hacerse un reconocimiento sino con el número de soldados

(1) Este gobierno terminó en 1575.

necesario para presentar batalla, pues de los indios dependía darla o no darla. Agregué que el ejército debía componerse de trescientos españoles, de los cuales doscientos debían ser arcabuceros i lanzas los ciento restantes, i, por lo ménos, de quinientos indios amigos. Aconsejé tambien que se llevaran las máquinas de guerra que siguen: cincuenta mantas de cuero de vaca, con sus correspondientes bastidores, armados éstos últimos con regatones de metal, a fin de poder fijar las mantas en el suelo a manera de pavesada contra las flechas i las piedras, sin perjuicio de las troneras para los tiros de arcabuz; una gran cantidad de barbacoas de palo tejidas, las cuales servirían de puentes en los hoyos abiertos por el enemigo; i, por último, tantas alcancías como fuera dable reunir, con el objeto de ir arrojándolas a medida que se avanzara. Entretanto, nuestros auxiliares indígenas debían lanzar sus flechas sin interrupción. Con este plan, podríamos reconocer el fuerte sin grave peligro, pues reconocer i combatir sería todo uno.

«Esta opinion fué desestimada, i se procedió al reconocimiento con solo ciento veinte soldados. El número de indios enemigos era diez o mas veces superior al de los españoles, i el desastre fué tremendo.

«A mí me tocó marchar en la vanguardia, mandada por don Miguel de Avendaño i Velasco. Llegados al pié del fuerte, i sin esperar la retaguardia que iba dirigida por Ruiz de Gamboa, el jeneral Velasco mandó bajarse de sus caballos a sesenta soldados, i les dió orden de avanzar.

«El combate empezó entónces de una i otra parte con empuje extraordinario. Los nuestros hacían nutrido fuego de arcabucería; pero los indios, que eran inmensamente superiores en número, desconcertaron por completo nuestras filas con sus lanzas i sus piedras. La derrota alcanzó en breve a todo el ejército español, que se vió obligado a huir desordenadamente, dejando muertos en el campo cuarenta i cuatro soldados.

«El jeneral Velasco protejió la retirada de los suyos, con gran valor i osadía, hasta que, habiéndose cortado una de las riendas del freno, disparó su caballo i le llevó mui léjos del campo. Me cupo en suerte reemplazarle, aunque no era sino un simple soldado; i conseguí salvar la vida a muchos españoles.

«Entre los que habian caído heridos, reconocí al soldado Miguel Saez de Elguea; le levanté del suelo, i logré subirle a caballo; pero sus heridas eran tan graves que no podía sostenerse por sí mismo. Hice entónces subir a un yanacona en las ancas del animal, para que le sujetara, i de este modo libré su cuerpo de los enemigos, no su vida, pues a poco andar la exhaló junto con el alma.

«Esta batalla se verificó a principios del mes de enero de 1569.

«Despues de tan tremenda derrota, nos reunimos con el señor gobernador i nos retiramos todos a la ciudad de Angol. En ella, los jenerales Velasco i Ruiz de Gamboa recibieron orden de ir a socorrer a Cañete i a Arauco con una fuerza de ciento diez soldados españoles.

«Fácil fué impartir esta orden, pero mui difícil cumplirla, pues el ejército se hallaba tan desmoralizado con la derrota que los soldados se finjian enfermos o mas mal heridos de lo que estaban, para no esponerse nuevamente a los golpes del enemigo.

«Los jenerales nombrados alcanzaron, sin embargo, a reunir cien hombres, i con ellos llegaron a la ciudad de Cañete. Yo me encontraba entre los expedicionarios.

«El plan consistia en dirigirse inmediatamente a Arauco, recojer toda la jente que hubiera en el fuerte, i reconcentrarse en Cañete. Con don Miguel de Avendaño i Velasco i el jeneral Ruiz de Gamboa partimos a cumplir las instrucciones del gobernador. Por desgracia, al llegar a los términos de Millaraque i Quiapo nos salieron tal número de enemigos que nos vimos obligados a regresar a Cañete.

«Cómo carecíamos de bastimentos, necesitábamos hacer continuas correrías para proveernos de víveres, i éstas eran otras tantas ocasiones de reencuentros peligrosos con los indios. En 1.º de febrero de 1569, el jeneral Ruiz de Gamboa i setenta soldados, entre los cuales iba yo, nos dirigimos, como de costumbre, a buscar comida, i en el valle de Pailataru, situado a corta distancia de la ciudad, encontramos un numeroso ejército de enemigos. La mayor parte de éstos atacaron a los españoles que ya habíamos bajado a la llanura, i los restantes acometie-

ron al jeneral Ruiz de Gamboa, que aun permanecia en lo alto en compañía de treinta i cinco soldados.

«Comprendiendo el peligro, aconsejé a mis compañeros que volviéramos a subir para reunirnos con el jeneral. Así lo hicimos, i de este modo escaparon de la muerte muchos soldados españoles. Pero la sorpresa habia sido tan grande que dejamos a siete de los nuestros en el campo.

«En esta guasavara tuvimos que batirnos en retirada, i para este efecto echamos los bagajes adelante, defendidos por aquellos de los nuestros que estaban peor armados. Yo permanecí en la retaguardia, i, en union de Juan de Avila i Zambrano, salvamos la vida a cinco españoles. En medio de la refriega, uno de éstos, llamado Juan Gomez de Don Benito, que, segun fama corriente, era uno de los mas valerosos soldados que combatian en las Indias, gritóme: «*Ya somos perdidos, ¿qué os parece que hagamos?*» «*Encomendarnos primero a Dios, le contesté; i en seguida romper por las filas enemigas, hasta salir o morir.*»

«Por fortuna, llegamos a la ciudad con vida, aunque heridos i maltrechos, despues de haber tenido que atravesar mas de cinco cuadras dando i recibiendo golpes.

«Poco tiempo pudimos mantenernos en Cañete, por la falta de víveres i las dificultades de socorro. Con autorizacion del gobernador, despoblamos la ciudad i nos dirigimos por mar a Concepcion.

«El embarco se presentó lleno de peligros, pues los indios no dejaron de atacarnos un momento. Yo fuí comisionado por el jeneral Ruiz de Gamboa para que, en union de doce soldados, detuviese a los enemigos. I anduve con tanta ventura que alcancé a llegar al embarcadero al mismo tiempo que los indios a la playa. Ya toda nuestra jente habia subido al buque; me embarqué, pues, en la última batelada; i los enemigos tuvieron que contentarse con robarme los caballos.

«El jeneral Avendaño i Velasco habia partido de Cañete con anterioridad, i, de acuerdo con el señor gobernador, se habia dirigido al Perú.

«Este último abandonó tambien la ciudad de Concepcion, embarcándose con rumbo a Santiago, donde era necesaria su presencia. Al partir, encargó del mando civil i militar en las

provincias del sur al señor oidor don Juan de Torres de Vera i Aragon.

"Despues de algun tiempo, el señor oidor nombrado recibió orden de trasladarse a la capital para que en ella reclutase un nuevo ejército, pues era mui reducido el que se hallaba diseminado en las diferentes ciudades del sur. Acompañéle en este viaje, i a entradas del verano volvimos a Concepcion con un refuerzo de ciento treinta hombres.

"En la campaña que entónces hicimos contra los indios, me hallé en dos combates, que fueron dos triunfos para nosotros. El primero en el fuerte araucano de Calaumilla, i el segundo en las bocas del Biobío. Este último encuentro se verificó a media noche, i no terminó sino al romper el alba.

"Ya estaba declarada la victoria cuando divisé al maestre de campo Alonso de Alvarado a pié, en la ribera del rio. Le pregunté por qué andaba de ese modo, i me contestó que habia tenido la desgracia de caer en medio del combate, i un indio le habia robado el caballo. Por lo demas, le habia sido imposible seguir al ladron a causa de la neblina. En el acto, corrí a caballo en la direccion que me indicó, por unos bajíos que el rio tiene en aquella parte, alcancé al ladron, luché con él i le vencí. De este modo, pude entregar a Alvarado el indio, el caballo i la lanza.

"Apénas entrada la primavera del año de 1570, las armas españolas sufrieron un doloroso desastre, que debia ser precursor de otros. El capitán Gregorio de Oña salió de la ciudad de los Confines con una columna de dieciseis hombres, para llevar ropa a la guarnicion de la Imperial. Los indios rebeldes, en considerable número, les atacaron por sorpresa en el camino, i dieron muerte a Oña i a siete de sus soldados.

"Esta noticia llegó a Santiago cuando ya se hallaba de regreso del Perú el jeneral Avendaño i Velasco, con un ejército de doscientos cincuenta hombres. El gobernador Bravo de Saravia le ordenó que inmediatamente se trasladase al sur al mando de setenta soldados. Entre ellos, acompañé al jeneral Velasco, pues entónces yo estaba accidentalmente en la capital.

"Llegamos a Concepcion a principios de enero de 1571, i se iniciaron las operaciones de la guerra tan pronto como fué po-

sible. En esta campaña me tocó dirigir varios reencuentros a la cabeza de algunos soldados.

"En breve se juntó con el jeneral Avendaño i Velasco, en la ciudad de Angol, el hijo del señor gobernador, Yañez de Saravia, quien volvía de Valdivia con un refuerzo de sesenta hombres. Nuestro ejército pudo entónces contar ciento treinta soldados españoles.

"Tuvimos noticias de que en el valle de Puren había numerosa junta de indios de guerra, i nuestro campo se puso en marcha para combatirlos. Desgraciadamente fuimos derrotados. La causa verdadera de este gran desastre debe buscarse en las diverjencias que hubo entre el jeneral Velasco i Yañez de Saravia sobre el plan de ataque. Los soldados tambien nos dividimos, i la batalla se perdió. Mal herido hube de retirarme a la ciudad de Angol.

"A los pocos días llegó tambien a esta ciudad el gobernador Bravo de Saravia, con un ejército de doscientos hombres, i, a pesar del mal estado de mi cuerpo, combatí en muchos reencuentros i corredurías contra el enemigo, hasta entradas de invierno.

"No embargante todos estos servicios hechos en la guerra de Chile, i haber gastado gran suma de pesos de oro en armas i caballos, no he recibido entretenimiento ni feudo alguno, pues, aunque me encomendaron en los términos de la ciudad de Castro novecientos indios, éstos resultaron inciertos. Así es que me hallo mui pobre i adeudado..... "(1)

II

LOS SOLDADOS ESPAÑOLES EN LAS CAMPAÑAS DE ARAUCO. MATRIMONIO DE CORTES MONROI

Pocas figuras despiertan mayor interes en la guerra contra los indíjenas de Chile que la de Pedro Cortes Monroi. Aunque en

(1) Los servicios de Cortes Monroi referidos en este capítulo se hallan comprobados en la informacion de que se habla en el capítulo siguiente, i en un informe dado por Oñez de Loyola a 25 de junio de 1595, el cual se publica al final de este trabajo.

modesta cuna, tocóle nacer en la época del apojeio de España. Súbdito de Carlos V i de Felipe II, fué uno de aquellos soldados que contribuyeron en el siglo XVI al engrandecimiento de los dominios castellanos.

No tenia ilustracion, pero sí grandísimo valor i una tenacidad a toda prueba. Desde el año de 1557, en que habia llegado a Chile con don García Hurtado de Mendoza, hasta el de 1571, en que termina la relacion de méritos que se ha leído, habia manifestado dotes escepcionales como hombre i como militar. En este largo espacio de catorce años habia combatido sin descanso contra los indios araucanos.

Para apreciar qué fortaleza de ánimo debian de tener los soldados españoles en las campañas del sur de Chile, es necesario fijar la atencion en que esas campañas ofrecian todos los peligros de la guerra i ninguna de las ventajas de la paz. Las ciudades construidas por Pedro de Valdivia i por Hurtado de Mendoza solo encerraban casas de barro i de paja, i a menudo sus habitantes carecian de alimentos, que era necesario salir a arrebatar a los indios de las cercanías con las armas en la mano. Por lo demas, los vecinos de Cañete, de Angol, de Concepcion, de Villarrica, de la Imperial vivian siempre temerosos de un asalto de los enemigos; i ¡cuántas veces sus recelos salieron fundados, i hombres, mujeres i niños tuvieron que abandonar sus casas para librar la vida! I, como si estos peligros no fueran bastantes, los terremotos i las inundaciones del mar i de los rios destruyeron en diversas ocasiones esas mismas ciudades, cuando empezaban a prosperar.

En los combates, el número de los indígenas era considerablemente superior al de los españoles. En las batallas dadas por don García Hurtado de Mendoza solo habia de ordinario un soldado europeo por mas de diez enemigos. La desproporcion era mucho mas notable en los encuentros parciales, i en las campañas que hicieron los inmediatos sucesores de don García, pues éstos en raras ocasiones pudieron reunir un ejército tan numeroso como el que habia traído a Chile el hijo del virrei del Perú.

La lucha habria sido imposible para los europeos si los chilenos hubieran manejado armas superiores a las que conocian, i

sobre todo si hubieran estado organizados con mediana disciplina militar. «Las armas con que pelean, escribe el cosmógrafo López de Velasco, refiriéndose a las de los indios de nuestro país, son lanzas de veinte i cinco palmos, de que saben muí bien jugar, i macanas muí grandes, i hachas de hierro i de cobre i de pedernales, i flechas de pedernal i huesos i cañas tostadas....» (1)

Los soldados españoles empleaban un arma viva que les permitia combatir con numerosos ejércitos de indios, porque introducía en las filas de éstos verdadero terror, sobre todo en los primeros años de la conquista, i facilitaba a sus dueños un camino seguro para la fuga: de ordinario montaban en buenos caballos, adiestrados a la pelea.

Sus demas armas se dividian en dos clases: las unas de fuego, como arcabuces i cañones de pequeño calibre, i las otras, armas blancas, como lanzas, espadas, hachas de combate i mazas de hierro.

Es necesario tener tambien presente que los españoles combatian, o bien con armaduras completas de acero, o bien con corazas que les resguardaban el tronco del cuerpo.

La superioridad de las armas i las ventajas intelectuales de una civilizacion mas adelantada esplican los triunfos que obtenian diariamente pequeños grupos de soldados europeos contra centenares de indíjenas. En cambio, esta misma desproporcion en el número de hombres de uno i otro campo nos da la clave por qué la lucha volvía a encenderse con iguales caracteres de valor i de crueldad al principio de la primavera de cada año, i por qué la guerra de Arauco llegó a ser eterna.

Nuestro país habia adquirido tanto en la Península como en las demas colonias de América la triste fama de sepultura de españoles, i mas de una vez sucedió que, a falta de voluntarios,

(1) *Jeografía i descripcion universal de las Indias*, recopilada por el cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco desde el año de 1571 al de 1574, publicada por primera vez en el *Boletín de la Sociedad Jeográfica de Madrid*, con adiciones e ilustraciones por don Justo Zaragoza. Madrid, 1894. Pájina 514 i siguientes.

el virrei del Perú se vió obligado a mandar al ejército de Chile individuos condenados a la deportación.

La vida en los campamentos del Biobío era sin duda alguna mil veces mas insoportable que la que llevan los delincuentes en las colonias penales modernas. Es verdad que la mayoría de los conquistadores de nuestro país pertenecian a las mas humildes capas sociales de España, que muchos de ellos no sabian leer ni escribir, i que casi todos tenian gustos groseros i se hallaban acostumbrados a la vida de aventuras; pero tambien es cierto que los peligros i los sacrificios casi diarios de las guerras de Arauco no podian compararse con ningun otro.

Cada uno de los conquistadores de América, se ha asegurado, tenia a su servicio un rebaño de yanaconas, de los cuales disponia a su antojo como si hubieran sido bestias de carga, sin obligacion de dar cuenta de ello a nadie. Hombres o mujeres, esos miserables indios eran verdaderos esclavos, que debian estar siempre dispuestos a satisfacer los caprichos i las pasiones del amo. Es mui sabido que los soldados de la conquista de Chile vivian en concubinato permanente con las indias que tomaban prisioneras.

Los placeres que debia proporcionarles este fácil comercio con mujeres de cultura tan inferior a la de ellos, i los servicios que efectivamente les prestaban en la vida diaria los yanaconas, no eran, sin embargo, bastantes para endulzarles las amarguras i sufrimientos que padecian en la guerra.

El ideal de cada uno de los soldados que tomaban parte en las campañas de Arauco consistia en retirarse lo mas pronto posible del servicio militar despues de haber alcanzado como premio una buena encomienda de indios. Con este objeto, cuidaban de levantar prolijas informaciones de los méritos contraidos en las guerras contra los indíjenas, i de presentar estos documentos debidamente autorizados a la consideracion del rei. Mui pocos, sin embargo, eran los que alcanzaban tales mercedes; ya sea porque los gobernadores de Chile se apresuraban a beneficiar con las encomiendas mas valiosas a sus capitanes distinguidos o a sus amigos íntimos; ya sea porque, a causa de la misma guerra i de la disminución de los indios por los malos tratamientos, el número de encomiendas no era considerable en Chile.

Cortes Monroi, siguiendo el ejemplo de sus compañeros de armas, presentó, en 28 de noviembre de 1573, un pedimento a la real audiencia de Concepcion, para que, al tenor del memorial que acompañaba, se levantase informacion de sus servicios (1).

El tribunal comisionó para recibir las declaraciones de los testigos al licenciado Torres de Vera i Aragon.

Durante dos semanas el oidor nombrado se ocupó en interrogar a doce soldados i capitanes, la mayor parte de ellos vecinos de las ciudades de Concepcion i de Castro. Entre estos testigos, merecen especial mencion el jeneral Martin Ruiz de Gamboa, quien debia gobernar interinamente a Chile de 1580 a 1583, i su sobrino Andres López de Gamboa, corregidor de la ciudad de Santiago en 1582.

Los doce testigos aseguraron la verdad de los hechos que se establecian en las preguntas, i bajo la fé del juramento declararon que Cortes Monroi habia sido valiente soldado i súbdito leal durante mas de catorce años en las guerras de Arauco.

Mas importante que estas declaraciones, sin embargo, fué el informe de la real audiencia que las confirmaba:

"Sacra Real Majestad. Pedro Cortes pidió en esta real audiencia se recibiese informacion de oficio, conforme a la real ordenanza, de lo que a V. M. ha servido en este reino; la cual se hizo, que es la que va con ésta. Parece por ella que ha diecisiete años que pasó a este reino desde el Perú, en compañía del gobernador don García de Mendoza, bien aderezado de armas i caballos, en cuya compañía todo el tiempo que gobernó, i en tiempo que gobernaron Francisco i Pedro de Villagran i Rodrigo de Quiroga i esta real audiencia, i despues que entró en este reino el doctor Bravo de Saravia, vuestro gobernador, hasta agora, siempre de ordinario se ha ocupado sirviendo a vuestra Majestad en la guerra contra los naturales rebelados, hallándose en muchas batallas i reencuentros contra ellos, peleando como mui valiente soldado, bien aderezado siempre de sus armas i caballos, sustentando su persona con lustre de hidalgo, saliendo muchas veces mal herido; i que se le han en-

(1) En mi poder se halla una copia fidedigna de esta informacion.

cargado algunas cosas de guerra como hombre de esperiencia en ella, i que ha gastado cantidad de pesos de oro, i que está pobre, no parece habérselo dado repartimiento de indios, ni otro entretenimiento alguno, si no es son unos indios desterrados que en Coquimbo estan, que el doctor Bravo de Saravia, vuestro gobernador, le depositó para alguna ayuda a su sustentacion, entretanto que le daban de comer, i que es poco el aprovechamiento de ellos, de manera que no se puede con ellos sustentar, por lo cual nos parece que la merced que V. M. fuere servido de hacerle cabe bien en su persona, i la merece mui bien, segun su calidad i servicios. Nuestro señor la mui alta i mui poderosa persona de V. M. guarde con acrecentamiento de nuevos reinos i señoríos. De la Concepcion, a catorce dias del mes de diciembre de mil i quinientos i setenta i tres años. Sacra Real Majestad. Besan las manos de V. M. sus criados, el doctor *Bravo de Saravia*, el licenciado *Juan de Torres de Vera*, el doctor *Peralta*.»

Esta recomendacion tiene sin duda gran valor, porque partia del mas alto tribunal que hubiera en nuestro pais, i se aplicaba a un modesto soldado, pobre i sin alcurnia. Por desgracia, la real audiencia de Concepcion se hallaba desprestijada, por su mal gobierno de los negocios de Chile, ante la corte de España, i a la fecha en que dió aquel informe sobre los servicios de Cortes Monroi, el rei la habia suprimido. El soberano no pensó por entónces en recompensar los servicios militares de su súbdito.

Cortes Monroi habia enviado su informacion a la Península con el jeneral don Miguel de Avendaño i Velasco, acompañándola de un memorial en que se quejaba de que el gobernador Bravo de Saravia habia distribuido las encomiendas vacantes entre su hijo, su sobrino i sus criados, sin conceder ninguna a los demas españoles que habian combatido bajo sus órdenes. «Mis fines, agregaba, no han sido de mas que un repartimiento de los de Chile.» (1)

(1) *Historia de la literatura colonial de Chile*, por José Toribio Medina. Santiago, 1878. Tomo 2.º, páj. 352, nota 2.—Segun el memorial citado, don Miguel de Avendaño i Velasco debia realizar en el año de 1574 un viaje a España, de que no han dado cuenta los historiadores.

En justicia, el valiente soldado extremeño había prestado servicios que le hacían acreedor a aquella recompensa; pero Bravo de Saravia no le había concedido otra ayuda que la de unos indios desterrados en Coquimbo, según lo aseverado por la real audiencia en su informe de 1573.

En esta época, Cortes Monroi contrajo matrimonio en la ciudad de la Serena con Elena de Tobar, hija legítima del capitán Pedro de Cisternas i de María de Tobar.

El capitán Cisternas era español, i había tomado parte en la conquista del Perú. Habiendo llegado a Chile con Valdivia, su nombre se lee en el acta de la segunda fundación de la Serena. Fué de los primeros rejidores de esta ciudad, i vecino feudatario en ella.

María de Tobar, su legítima mujer, había nacido en la villa de Escalona, en España, i era hija de Francisco Cocolina de la Serna i de Catalina Ruiz. María había sido traído a Chile por su padre, quien se había avvecindado en la Serena.

A Elena de Tobar le tocó nacer en Chile i en uno de los hogares mas distinguidos de aquella época. Por sus venas corría sangre pura española, i debía la existencia a uno de los mas valerosos soldados de la conquista.

Tales eran los antecedentes de la mujer elejida por Cortes Monroi.

El matrimonio se celebró con todos los requisitos prescritos por la iglesia, ante el licenciado Calderon, cura párroco de la Serena.

Este enlace debía ser oríjen de una numerosa familia. Cortes Monroi tuvo en su mujer ocho hijos, cuatro hombres i cuatro mujeres. Estas se llamaron María, Mencía, Juana i Elena; i aquéllos Pedro, Juan, Francisco i Gregorio.

Si la vida del extremeño Cortes Monroi es la historia de la conquista de Chile, la historia de su familia ofrece un cuadro completo de la sociedad colonial.

III

CORTES MONROI COMBATE BAJO LAS ÓRDENES DE RODRIGO DE QUIROGA.—ESTE LE NOMBRA CAPITAN.—REAL CÉDULA EN SU FAVOR.

En el año de 1573 el rei de España aceptó la renuncia del gobernador de Chile don Melchor Bravo de Saravia i nombró en su lugar a Rodrigo Quiroga, quien había combatido bajo las órdenes de Pedro de Valdivia, i era en aquella fecha uno de los mas ricos i respetados encomenderos de la capital.

El rei no se limitó a concederle las facultades inherentes al cargo de gobernador i algunas otras estraordinarias, sino que quiso darle una prueba de especial distincion, pues le nombró caballero de la órden de Santiago.

El nuevo presidente juró desempeñar con honradez i lealtad sus funciones ante el cabildo de Santiago en 26 de enero de 1575; pero no salió a campaña sino a principios de 1577, porque creyó que convenia esperar que llegaran de la Península los refuerzos que se le habian anunciado. Con fecha 8 de enero partió con un ejército de cuatrocientos soldados españoles i mil quinientos indios auxiliares.

Entre esos soldados, marchaba Pedro Cortes Monroi, quien había residido en la ciudad de la Serena durante el invierno de 1576.

En el camino se les juntaron las tropas que venian del sur, bajo el mando de Ruiz de Gamboa i Bernal de Mercado. Quiroga dió al primero el cargo de coronel i al segundo el de maestre de campo jeneral. El ejército contaba entónces cerca de quinientos soldados españoles i dos mil quinientos indios amigos.

El brazo derecho de Quiroga en estas campañas i en todo su gobierno fué Martin Ruiz de Gamboa, unido a él con lazos mui estrechos por haber contraido matrimonio con una hija suya.

El primer encuentro con los enemigos se verificó en Hualqui, en la ribera norte del Biobío, a los dos meses cabales de la

salida de Santiago. En el lugar indicado los indios habian construido un fuerte, a imitacion de los fuertes españoles. El resultado de este combate no podia ser dudoso. Los soldados de Quiroga, bien armados i sobre buenos caballos, vencieron i desbarataron por completo a una muchedumbre de indijenas.

Con esta victoria quedó libre el paso del rio, i el ejército español pudo atravesarlo por el lugar mas conveniente. Pedro Cortes habia sido comisionado por Quiroga para buscar el vado. Una vez en el territorio de Arauco, el gobernador mandó reconstruir el fuerte del mismo nombre, donde resolvió pasar el invierno.

La estacion se presentó estraordinariamente rigorosa. A pesar de las lluvias i de las tempestades, el gobernador se vió obligado, sin embargo, a ordenar que se hicieran diversas correrías en el territorio enemigo, a causa de que los indios robaban diariamente caballos del campo español, segun todas las probabilidades, para formar ellos mismos tropas de caballería. Cortes Monroi tomó parte activa en estas expediciones i a él se debió la muerte i captura de numerosos jefes araucanos.

Un rasgo que pinta la relijiosidad de los soldados españoles fué la division que hizo Quiroga de su pequeño ejército en varios partidos, a cada uno de los cuales colocó bajo la advocacion de un santo. De este modo creia el gobernador atraerse la benevolencia celeste, i apresurar la hora de la pacificacion de Arauco.

A Pedro Cortes le tocó el partido de San Pedro.

La recompensa por tan señalado acto de piedad llegó mas pronto de lo que podia esperarse. Los indijenas se hallaban en abierta rebelion, i no se arredraban por castigos ni hostilidades de ninguna especie. Una noche se atrevieron a querer incendiar el campamento español.

Quiroga habia tenido noticias de que estaban capitaneados por un cacique conocido con el sobrenombre de don Juan, i resolvió marchar con todos sus soldados en contra de él. La campeada tuvo un buen éxito superior a todas las expectativas. Un sobrino del gobernador, llamado como él Rodrigo de Quiroga, se apoderó de don Juan i de varios otros jefes. Cortes Monroi ayudó al capitán Quiroga en esta valiente empresa.

No hai necesidad de asegurar que el castigo fué terrible. Don Juan sufrió el mismo suplicio que Caupolican: el empalamiento.

Cuando llegó la primavera, el gobernador levantó el campo, i se dirijió a Tucapel. En el camino ordenó algunas correderías, en las cuales se distinguió mucho Cortes Monroi por su extraordinario valor.

Se distinguió tambien Cortes en el encuentro que se verificó en la ciénaga de Puren, cuando atravesó el gobernador la cordillera de la costa, para pasar al valle central.

A menudo Quiroga encargaba a Cortes Monroi de los reconocimientos i emboscadas. La gran esperiencia que éste habia adquirido de los ardidés empleados en la guerra por los araucanos, le permitia descubrir con facilidad las posiciones del enemigo i el número de sus hombres. La vida de los soldados españoles en estas campañas no era vida sino un combate continuado.

Desbaratados los indios en el territorio de Puren, Quiroga se trasladó con sus tropas al de los coyuncos, o sea, al de Angol. En este lugar aumentó el número de sus soldados, pues allí se le reunieron numerosos reclutas recojidos de todo el reino.

Antes de continuar la guerra, el gobernador formó nuevas compañías, i confió una de ellas, compuesta de cincuenta hombres, a Pedro Cortes, a quien nombró capitan. Esta es una fecha importante en la vida de Cortes Monroi. El grado de capitan en los tercios españoles de la conquista valia mucho mas que igual grado en los ejércitos modernos.

Debe, sin embargo, tomarse en cuenta que nunca un militar habia ganado mejor sus galones. Hacia mas de veinte años que Pedro Cortes estaba combatiendo en Arauco, léjos de su patria i de su familia, espuesto a una muerte diaria, i probablemente a una muerte horrible, las mas de las noches sin cama en que dormir, obligado a menudo a marchar largas jornadas, i a robar con gran peligro su comida para poder alimentarse.

El nuevo capitan siguió observando en el resto de la campaña una conducta, al mismo tiempo, prudente i valerosa, que le hacia digno del cargo que se le habia confiado.

En el mes de febrero de 1578 Quiroga resolvió dar la vuelta a Arauco atravesando la cordillera de la costa por los territorios de Marigüeñu i Catirai. Esta operacion pudo realizarse con toda felicidad, i a ello contribuyeron en gran parte la práctica i habilidad de Cortes Monroi.

No sucedió igual cosa en la rejion occidental. Hallábase el gobernador a fines del mes de marzo en la cuesta de Andalicán cuando se presentó a cerrarle el paso numeroso ejército enemigo, mas o ménos en el mismo sitio donde habia sido derrotado en 1554 Francisco de Villagran.

Quiroga puso inmediatamente en órden de combate a sus tropas, i dió el mando de la vanguardia al maestre de campo Bernal de Mercado. En esta division se hallaba el capitan Cortes Monroi.

El encuentro fué rudo, pero la victoria quedó por los españoles. Todos los cronistas se hallan contestes en asegurar que la vanguardia del maestre de campo decidió de la accion. Francisco de Villagran estaba vengado.

El ejército de Quiroga pudo entónces avanzar hasta Arauco, donde le tocó a Pedro Cortes ejecutar diversas correrías contra los indios.

El gobernador elijió en este año el fuerte de Tucapel para pasar el invierno, que fué tan crudo como el anterior. No obstante esta circunstancia, casi todos los días debian salir partidas de soldados para buscar comida en los lugares vecinos. Los araucanos se presentaban a menudo en gran número para impedirlo, i de aquí resultaban pequeños combates, siempre peligrosos para los españoles. Cortes Monroi peleó en una de estas ocasiones con su valor de siempre en las quebradas de Lincoya.

Durante este invierno, el capitan Cortes pidió licencia a Rodrigo de Quiroga para trasladarse a la Serena, donde vivia su mujer, con el objeto de ver a su familia i adquirir nuévas armas i caballos. Permaneció en efecto algunos meses en aquella ciudad; pero volvió a reunirse con el gobernador en el mes de diciembre.

Quiroga estaba acampado en el territorio de los coyuncos. Cortes Monroi alcanzó a pelear en una gran guasavara, que

fué triunfo de los españoles, ántes de que el gobernador resolviera volver rápidamente a Santiago. Acababa de llegar a sus oídos la pavorosa nueva de que un pirata ingles, Francisco Drake, habia saqueado el puerto de Valparaiso. Quiroga trajo consigo a Cortes Monroi.

Desde Santiago le envió con una compañía a la ciudad de la Serena, con el objeto de que la defendiera contra los ingleses. El capitán Cortes hizo el viaje por la costa; pero cuando llegó a su destino supo que ya los piratas se habian hecho a la mar, i apresuró entónces su regreso a Santiago.

Esto sucedía a principios de 1579. Rodrigo de Quiroga, que habia deseado continuar personalmente la guerra tan luego como dejara libre al reino de los enemigos extranjeros, no pudo realizar sus propósitos a causa de sus enfermedades i de la avanzada edad que contaba. Segun cálculos fidedignos, se aproximaba a los ochenta años. Vióse, pues, obligado a permanecer en Santiago.

El capitán Cortes tampoco salió a campaña, i en los primeros días del mes de marzo se presentó al gobernador solicitando que recibiera informacion de sus servicios durante los años de 77 i 78, a fin de volver a pedir al rei la recompensa merecida.

Cortes Monroi recordaba en su memorial que hasta la fecha no habia recibido sueldo alguno; que siempre habia tenido armas i caballos de mucho precio adquiridos a su costa; que habia dado de comer en su mesa, i aun habia proporcionado armas i caballos, a algunos soldados de su majestad; que habia contraído matrimonio con hija lejitima de uno de los mas antiguos conquistadores de este reino; que en ella tenia hijos; que no se le habia remunerado sino con unos indios desterrados en Coquimbo, los cuales no llegaban a veinte; i que se hallaba pobre i con deudas.

Aunque el rei, en el mismo año de 1573 en que habia nombrado gobernador de Chile a Rodrigo de Quiroga, habia autorizado a éste, por una real cédula especial, para que encomendara indios de repartimiento a los soldados que mas se hubieran distinguido en la guerra, Pedro Cortes no habia alcanzado ninguna merced de esta clase, i su título de capitán no le daba derecho a sueldo.

Ocho testigos, entre los capitanes i soldados que se encontraban entónces en Santiago, presentó Cortes Monroi para que, bajo la fé del juramento, comprobaran los hechos aseverados por él, i los ocho estuvieron contestes en declarar verdaderas las afirmaciones de su compañero de armas. (1)

Todas estas informaciones debian terminar con un oficio del gobernador dirigido al rei. Hé aquí como se espresaba en esta ocasion Rodrigo de Quiroga:

«Sacra Real Majestad.

«El capitan Pedro Cortés pidió ante mí recibiese informacion de oficio conforme a la real ordenanza de lo que a vuestra Majestad ha servido en este reino de Chile; la cual se hizo, que es la que va con esta, de mas de la que tiene fecha de los demas servicios que ha fecho en este reino a vuestra Majestad, en la real audiencia que residió en él; i por ésta parece que de mas de dos años a esta parte que anduvo en mi compañía se ha ocupado sirviendo a vuestra Majestad, bien aderezado de armas e caballos i criados, en lo cual entró en la guerra de los naturales rebelados contra vuestro real servicio, en las provincias de Arauco, Tucapel i las demas, i se halló en todas las batallas, guasavaras, correrías i reencuentros que en esta probanza tiene probado; i en el memorial que con ella va yo articulé, porque lo sé de vista, todo lo demas de ello, e por notoriedad, que por mi mandado hizo; el cual siempre se ha puesto a mucho riesgo de su vida, señalándose como buen capitan e soldado, en lo cual ha servido mucho i mui bien a vuestra Majestad, i nunca ha deservido en cosa, porque ha muchos años que le conozco i trato ántes, siempre como mui buen soldado, sirviendo a vuestra Majestad, e por mí i los gobernadores mis antecesores aceptado su consejo e parecer en las cosas de la guerra, i haberse acertado con él; por lo cual i por concurrir en él muchas calidades i servicios buéanos que a vuestra Majestad ha fecho, merece vuestra

(1) Tengo a la vista una copia fidedigna de esta informacion de servicios. Entre los testigos presentados por Cortes Monroi aparece aquel soldado Andres Valiente cuya muerte refiere en sonoras octavas reales Alvarde de Toledo en el canto IX de su poema *Puren Indómito*.

majestad le gratifique i dé de comer, porque nunca se le ha gratificado, ni dado, por no lo haber en este reino, i nó por no lo merecer, i así en cualquier parte que vuestra Majestad fuere servido, del Pirú o de otras partes, cabe en él dársele un buen repartimiento, por haber tan bien servido con sus armas e caballos i criados, como hijodalgo e persona principal de lustre, o en otra cosa que vuestra Majestad fuere servido porque está pobre e mui adeudado en vuestro real servicio, e casado con mujer principal, hija de conquistador antiguo, e tener hijos, e no se poder sustentar. Nuestro Señor la mui alta e mui poderosa persona de vuestra Majestad guarde, con acrecentamiento de nuevos reinos i señoríos. De esta ciudad de Santiago, i de marzo treinta, mil quinientos i setenta e nueve. Sacra Real Majestad. Humilde criado i vasallo de vuestra majestad. *Rodrigo de Quiroga*.

Antes de un año a partir de la fecha de este documento, el gobernador Quiroga dejó de existir en la ciudad de Santiago, llorado no solo por las personas de su familia, sino tambien por sus numerosos amigos.

En marzo de 1581, Felipe II nombraba capitan jeneral de Chile a un distinguido oficial del ejército de Flandes, a don Alonso de Sotomayor, el cual no pudo, sin embargo, llegar a nuestro pais sino en 1583.

Hasta entónces el rei no habia dado providencia alguna relativa al memorial de Cortes Monroi, a pesar de que sin duda se hallaba en la categoria de aquellos soldados que el mismo rei habia recomendado a Rodrigo de Quiroga por cédula de 31 de julio de 1573. "Mandamos, se leia en esta real provision, que en las tales encomiendas se prefiera a los primeros conquistadores que estuvieren sin indios, i despues dellos a los pobladores casados que tuvieren calidades para los tener". El capitan Cortes era casado i con hija lejítima de uno de los mas valerosos compañeros de Pedro de Valdivia.

La justicia real, aunque tardó algun tiempo mas, llegó por fin.

"El Rei.

"Don Alonso de Sotomayor, caballero de la órden de Santiago, mi gobernador i capitan jeneral de las provincias de

Chile, i en vuestra ausencia a la persona o personas a cuyo cargo fuere el gobierno de esa tierra, por parte de Pedro Cortes me ha sido hecha relacion que ha mas de veinticinco años que me sirve en esa tierra en las ocasiones que se han ofrecido, con su persona, armas i caballos i criados, i a su costa, i especialmente fué uno de los que entraron en esa tierra con don García de Mendoza cuando se desbarató al mariscal Villagran, i de los que con el dicho don García entraron en el valle de Arauco i Tucapel, i se halló en la batalla que se les dió a los naturales de ellos, i me sirvió asimismo en otros reencuentros i correderías que se ofrecieron en el discurso de la guerra, con grande riesgo i peligro de su vida, i despues se halló en la edificacion del fuerte de Tucapel, donde se pasó gran trabajo por los continuos asaltos de los enemigos, i despues se halló con el capitan Villegas en reedificar la ciudad de la Concepcion, i en defenderla de los indios, i en la guasavara que se tuvo con los naturales de la isla Santa María, donde se señaló aventajadamente, i en otras cosas, como todo constaba por ciertos recaudos que se presentaron en el mi consejo de las Indias, suplicándome, atento a ello, i a que no estaba gratificado i padecia necesidad, le hiciese merced de tres mil pesos de renta, i habiéndose visto por los del dicho mi consejo, juntamente con los dichos recaudos que de suso se hace mencion, fué acordado que debíamos mandar dar esta mi cédula, por la cual os mando que, sobre los indios que el dicho Pedro Cortes tiene encomendados en esas provincias, le encomendeis en los repartimientos que en ellas estuvieren vacos o que vacaren, a cumplimiento de dos mil pesos de renta en cada un año, para que los tenga i goce de ellos conforme a la lei de la sucesion. Fecha en Madrid, a diecinueve de diciembre de mil e quinientos i ochenta i tres años.

Yo el rei.—Por mandado de su majestad, *Antonio de Erason.*

Desgraciadamente esta real merced no pudo llevarse a efecto.

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR.

(Continuará)

